

Cuentos de  
**TERROR**  
de los **objetos**  
**malditos**

Chris Priestley



ILUSTRACIONES DE DAVID ROBERTS  
TRADUCCIÓN DE ALEXANDRE CASAL



## ÍNDICE

AL OTRO LADO DEL BOSQUE .....	11
PROHIBIDO TREPAR.....	27
LA NO-PUERTA.....	49
EL DEMONIO DEL BANCO.....	75
LOS PRESENTES.....	101
LA PODA DE INVIERNO.....	127
EL MARCO DORADO.....	147
EL JINN.....	171
UN CUENTO DE FANTASMAS .....	193
EL CAMINO .....	213
TÍO MONTAGUE.....	235



**E**L CAMINO A LA CASA DE TÍO MONTAGUE ATRAVESABA UN PEQUEÑO BOSQUE. EL SENDERO REPTABA ENTRE LOS ÁRBOLES COMO una serpiente escondiéndose en un matorral y, a pesar de no ser largo y de la reducida extensión del bosque, aquella parte del trayecto siempre parecía durar más de lo que uno creería.

Me había acostumbrado a hacerle visitas a mi tío durante las vacaciones escolares. Yo era hijo único, y mis padres no acababan de sentirse cómodos con niños alrededor. Haciendo un esfuerzo, mi padre me ponía una mano en el hombro y me señalaba unas

cosas y otras, pero cuando se le acababan las cosas que señalar, sucumbía a una especie de retraimiento melancólico y salía de casa a cazar durante horas. Mi madre era de naturaleza inquieta y, por lo visto, no era capaz de relajarse en mi presencia, pues, cada vez que yo me movía, ella se ponía en pie de un salto y, dando un gritito, limpiaba y abrillantaba todo aquello que yo tocaba o utilizaba de asiento.

–Es un bicho raro –afirmó mi padre un día mientras desayunábamos.

–¿Quién? –preguntó mi madre.

–Tío Montague –contestó él.

–Sí –coincidió ella–. Muy raro. ¿Qué hacéis cuando vas a visitarle, Edgar?

–Me cuenta cuentos –dije.

–¡Señor! –exclamó mi padre–. Conque cuentos, ¿eh? Una vez oí uno de esos cuentos.

–¿De verdad, padre? –inquirí, expectante. Él se quedó mirando su plato, ceñudo.

–Vaya –dijo–. Ya no me acuerdo.

–No importa, cariño –medió mi madre–. Seguro que era maravilloso.

–Ah, sí que lo era –rememoró él–. Que no te quepa duda. –Rió en voz baja–. Maravilloso, sí.

Tío Montague vivía en una casa cercana. No era mi tío de verdad, sino un tío segundo o algo pare-

cido, pero como mis padres no se ponían de acuerdo en cuanto a si era mi tío segundo, tercero o cuarto, terminé por resolver que lo llamaría «tío» para evitar complicaciones.

No recuerdo ir a visitarle cuando los árboles del bosque que separaba nuestras casas tenían hoja. Más bien, siempre me veo cruzando ese bosque cuando hacía frío, con la helada o nevando, y las únicas hojas que vi estaban en el suelo, caídas y pudriéndose.

En el extremo más alejado del bosque había una cancilla, una de esas que solo permiten el paso de una persona cada vez, al tiempo que, por su disposición en forma de codo, impiden que se escape el ganado. No entiendo por qué el bosque o el aprisco que este rodeaba tenían aquella cancilla, pues jamás vi animal de ninguna clase en los terrenos de mi tío. Bueno, al menos ningún animal que pudiera considerarse ganado.

No me gustaba nada la cancilla. Los resortes, que mi tío no engrasaba con la frecuencia debida, oponían una resistencia tenaz. Al trasponerla, no había ocasión en que no temiese quedarme allí atrapado. Atenazado por aquel extraño pánico, tenía la estúpida idea de que algo se me acercaba por la espalda.

Desde luego, en cuestión de un instante, era capaz de empujar la chirriante cancilla y meterme por



el hueco que quedaba libre, pero no dejaba de volverme para comprobar con alivio que, en el bosque, más allá del pequeño muro de piedra que acababa de salvar, no se apreciaba cambio alguno. Aun así, al echarme a andar por el aprisco, con aquella actitud infantil mía, me daba la vuelta una vez más con la esperanza (o, mejor dicho, el temor) de distinguir a alguien... o algo. Nunca fue así.

Dicho eso, debo agregar que, a veces, no me faltaba la compañía en mis paseos. Los niños del pueblo merodeaban por la zona de vez en cuando. No les hacía caso, y ellos a mí tampoco. Al fin y al cabo, yo estaba fuera, en el colegio. No quiero parecer soberbio, pero lo cierto es que procedíamos de mundos distintos.

Con cierta frecuencia los veía entre los árboles, y eso fue lo que ocurrió aquel día. No se me acercaban y jamás me dirigían la palabra. Se quedaban en silencio, en las sombras. Saltaba a la vista que deseaban intimidarme, y hasta cierto punto lo conseguían, pero yo procuraba ocultar mi agitación. Hice como que no reparaba en ellos y continué caminando.

La hierba del aprisco estaba crecida y descuidada, y por doquier asomaban las espigas pardas y secas de cardos, cardenchas y perejiles de monte. Mien-

tras avanzaba por la senda de hierba pisoteada hacia la verja del jardín, percibía con la vista y el oído los huidizos movimientos de lo que me parecieron ser conejos o faisanes, que sacudían la maleza.

Siempre me detenía junto a la verja para contemplar la casa, que se levantaba sobre un pequeño altozano a la manera de las iglesias; y, en realidad, su jardín vallado tenía algo de camposanto, y algo de templo sus ventanas góticas, sus pináculos y sus ornamentos. Al igual que la cancilla anterior, la del jardín pedía a gritos que la engrasaran, y el pestillo estaba tan duro que me hacían falta todas mis energías para moverlo. El metal, frío y húmedo, me helaba los dedos hasta el hueso.

Al girarme para cerrar la cancilla, solía volver la vista atrás y maravillarme de que el bosque ocultase la casa de mis padres y que, en la quietud del lugar, diese la impresión de que no había ni un alma en kilómetros a la redonda.

La senda cruzaba el jardín hasta la puerta de la casa de mi tío sorteando un curioso macizo de setos podados. Sin duda, aquellos grandes tejos habían estado una vez arreglados conforme a la clásica colección de conos y aves, pero, durante algunos años, crecieron a su antojo. Los asilvestrados matorrales cercaban la casa con aire malévolo, invitando a la



imaginación a distinguir en sus deformados perfiles el indicio de un diente, el atisbo de un ala o la sugerencia de una garra o un ojo.

Por supuesto, yo sabía que eran solo matorrales, pero, aun así, me avergüenza confesar que me descubría apurando el paso al avanzar junto a ellos por el sendero y que, mientras hacía sonar la gran argolla de la aldaba de la puerta para que Tío Montague supiese de mi llegada, nunca me atrevía a mirar hacia atrás; la argolla en cuestión, por cierto, colgaba de la boca de una criatura de lo más peculiar: el rostro, de latón sin pulir, era una inquietante mezcla de facciones de hombre y de león.

Después de lo que siempre me parecía un rato extraordinariamente largo, y justo cuando me disponía a levantar la argolla una vez más, la puerta se abrió y me encontraba a mi tío, quien, con su habitual sonrisa y una vela en la mano, me invitaba a pasar. Aquel día no fue una excepción.

–No te quedes ahí al frío, Edgar –dijo–. Pasa, muchacho. Vamos.

Obedecí gustoso, pero a decir verdad no había mucha diferencia de temperatura entre el jardín y el vestíbulo de la casa y, aun si la hubiese, diría que favorecía al jardín, pues jamás he sentido tanto frío en el interior de un edificio como en la casa de mi

tío. Juro que una vez vi hielo en el pasamanos de la escalera.

Mi tío echó a caminar sobre las losas del vestíbulo y yo fui tras él, siguiendo la temblorosa luz de la vela con el entusiasmo de una mariposa nocturna. Una de las excentricidades de mi tío consistía en que, a pesar de que no le faltaba el dinero, no quería saber nada de la electricidad –ni tampoco, ya que estamos, de la luz de gas– y, así, el alumbrado de la casa dependía de las velas, las cuales, por añadidura, procuraba economizar. En consecuencia, marchar tras él hacia el estudio solía convertirse en una experiencia desconcertante, ya que, aun en la seguridad de su hogar, me inquietaba quedarme rezagado en las tinieblas, de modo que caminaba a ritmo creciente para no perder de vista la luz.

Mientras mi tío se adentraba en la casa entre corrientes de aire, el resplandor de la vela agudizaba mi nerviosismo: su parpadeante movimiento proyectaba en las paredes sombras grotescas que, danzando y brincando por doquier, parecían haber cobrado vida y querer esconderse tras los muebles o reptar por las paredes para agazaparse en las esquinas del techo.

Tras un trayecto demasiado largo a juzgar por el tamaño que la casa aparentaba desde el exterior,

llegamos al estudio de mi tío: una amplia estancia forrada de estanterías que atesoraban libros y curiosidades que había ido trayendo de sus viajes. Las paredes estaban cubiertas de grabados y pinturas, y unos cortinones tapaban el cristal emplomado de las ventanas. Poco importaba que afuera brillase el sol de primeras horas de la tarde; el estudio era tan oscuro como una cueva.

Tapizaba el suelo una suntuosa alfombra persa entre cuyas tonalidades predominaba el mismo rojo oscuro que teñía los cuadros de las paredes y la tela adamascada de las cortinas. El vivo fuego que ardía en la chimenea hacía que aquel color resplandeciese y palpitara al compás de las llamas, como si la habitación fuese el corazón latente de la casa.

Desde luego, aquella era la única parte de la casa que, por lo que yo sabía, podía calificarse de confortable; aunque, en este sentido, debo añadir que, a pesar de mis frecuentes visitas, era también la única habitación que conocía a excepción del cuarto de baño.

Tal vez parezca raro, pero no se me ocurría pensarlo en aquellos tiempos. Mis encuentros con Tío Montague tenían poco de visitas familiares y mucho de reuniones de negocios. Mi tío y yo nos teníamos cariño, sí, al menos a nuestra manera, pero ambos sa-

bíamos qué era lo que me traía a su casa: el hambre, hambre de historias.

–Procúrate un asiento, jovencito –dijo (como siempre decía)–. Llamaré a Franz y veremos si accede a traernos un poco de té y pastas.

Tío Montague tiró de un largo cordón situado junto a la chimenea y, como era habitual, agucé el oído para captar el tintineo de una campanilla que sonó en algún lugar distante de la casa. El sonido de unas pisadas fue ganando intensidad y aproximándose a la puerta del estudio. Una vez allí, y tras una larga pausa, se oyeron tres golpes firmes en la puerta.

El pomo giró sobre sí mismo chirriando, y la puerta se abrió. Desde donde me encontraba, tan solo veía a mi tío, que, de pie junto a la puerta, transmitió nuestra petición en voz baja. La puerta se cerró lentamente, y las pisadas se perdieron en la lejanía fundiéndose con su propio eco para producir un rumor extraño y huidizo.

Me habría gustado ofrecer una descripción de Franz, pues estoy seguro de que querrías saber si era alto, gordo o rubio, pero tengo que reconocer que en ninguna de mis visitas pude ver de él ni siquiera su sombra.

Cuando mi tío y yo hubimos intercambiado los cumplidos de rigor y él se hubo interesado por la si-



tuación de mis estudios, volvieron a sonar los tres golpes en la puerta, y Tío Montague, tras levantarse y acudir a la llamada, regresó con una bandeja en la que había tazas y platillos, una tetera grande y un plato con galletas y pasteles. La ausencia de una jarrita de leche se debía a que tanto mi tío como yo preferíamos tomar el té solo. Había también un cuenco con terrones de azúcar y, si bien nunca le vi servirse uno, mi tío debía de consumir una cantidad considerable, dado que nunca quedaba ninguno al marcharme y yo nunca tomaba azúcar, ni siquiera siendo un niño pequeño.

Nos sentamos junto al fuego, mi tío y yo, a ambos lados de una mesita en la que reposaba la bandeja del té. Él apoyó los codos en los brazos de su sillón y juntó los dedos de las manos. Al apoyarse en el respaldo, su rostro desapareció en la sombra.

–Confío en que el trayecto hasta aquí haya transcurrido sin incidencias –dijo.

–Sí, tío –respondí.

–¿No has visto nada... en el bosque?

Tío Montague me hacía la misma pregunta con frecuencia, y la respuesta era invariablemente la misma.

–No, tío –contesté, convencido de que una mención al encuentro con los niños del pueblo no habría



tenido ningún interés para una persona como Tío Montague-. No había nada que ver en el bosque.

Mi tío me dedicó una sonrisa misteriosa y, tras beber un sorbo de té, suspiró con ademán meditabundo.

-No hay nada como el bosque durante la noche, ¿eh, Edgar? -inquirió.

-No -repuse, tratando de fingir que tenía algún conocimiento sobre lo que me estaba preguntando.

-¿Pero qué sería de la humanidad sin la madera? -reflexionó-. La madera, Edgar, es el motor mismo de la civilización; de ella proceden el arado y el papel, la rueda y la casa, el mango de las herramientas y los barcos. Los seres humanos no habrían llegado a nada de no ser por los árboles. -Se levantó para echar un leño al fuego, y las llamas casi saltaron y pugnaron por arrebatárselo de las manos-. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podría simbolizar mejor la barrera que separa al ser humano del reino animal sino el fuego, el calor del fuego y la luz del fuego?

Ambos dirigimos la mirada hacia la chimenea, fascinados por el baile de las llamas.

-Los pueblos escandinavos creían que el mundo estaba suspendido en las ramas de un gran fresno. ¿Lo sabías, Edgar?

–No, tío.

–Pues así es –afirmó–. Las gentes de los bosques nórdicos siempre han mantenido una relación especial con los árboles. Después de todo, esas antiguas y salvajes espesuras fueron su depósito de materia prima para la construcción, su despensa de alimento y su reserva de combustible... Pero, al tiempo, también eran tenebrosas y desconocidas y estaban colmadas de osos, forajidos y váyase a saber qué más...

–¿Te refieres a...? ¿Brujas, tío?

Sus ojos relampaguearon.

–Brujas, hechiceros, magos, elfos, licántropos...

–¿Licántropos? –pregunté, tragando saliva.

–Tal vez. –Los hombros de Tío Montague se encogieron imperceptiblemente–. Lo cierto es que respetaban el bosque y los árboles, que los temieron y que les rindieron culto.

–¿Y cómo les rendían culto, tío? –pregunté, tomando una galleta y advirtiendo que el azúcar ya se había agotado.

–Seguro que de muchos modos –contestó–. Los historiadores romanos hablan de arboledas sagradas, de robles rociados con sangre...

–¿Sangre? –farfullé mientras masticaba la galleta.

–Sí –me aseguró Tío Montague–. Mencionan sacrificios, a veces humanos... Los celtas tenían por



costumbre llevarse las cabezas de sus enemigos como trofeo de guerra. Para ellos, imagino, colgar cabezas de un roble era tan satisfactorio como lo es para tu querida madre poner adornos en el árbol de Navidad.

Alcé una ceja, inseguro de aquellas afirmaciones, y mi tío sonrió.

–¿Pero por qué rendir culto a un árbol? –cuestioné.

–Se me ocurren muchas cosas que no merecen ser objeto de culto –replicó–. Piensa en lo mucho que han vivido algunos árboles. Imagina lo que habrán visto. Fíjate, en los cementerios hay tejos que podrían tener más de mil años de edad o, lo que es lo mismo, que son más antiguos que las propias iglesias. Hunden las raíces en un milenio y levantan las ramas en otro. ¿Y quién no se sobrecoge al contemplar un gran roble, o un fresno, o un olmo, levantándose en medio de la soledad como colosos afligidos?

Entrechocó los dedos de una mano con los de la otra, y vi su sonrisa lobuna aflorar en la sombra.

–Conozco una historia acerca de uno de esos árboles –anunció–. ¿Quieres que te la cuente, Edgar?

–Me gustaría muchísimo. –Después de todo, había ido allí para eso.

–Quizá te asustes un poco.

–No importa, tío –repuse con más valor del que tenía. Me sentía como alguien que empieza a tener dudas después de haber sido arrastrado hasta lo más alto de una atracción de feria.

–Muy bien –resolvió Tío Montague con la vista puesta en el fuego–. Comencemos, pues...

